
Sobre Rudolf Bahro

Jean Marie Vincent: *Las contradicciones del socialismo "real"*.

Los libros de Rudolf Bahro *Je poursuivrai mon chemin* (Seguiré mi camino) (F. Maspero, París, col. Dialectiques-Interventions, 1979) y *La alternativa* (Ed. Materiales, Barcelona, 1979), presentan la originalidad, bastante escasa, de no ser una denuncia más de los crímenes del estalinismo sino un intento por comprenderlo en tanto sistema social complejo. Por supuesto, Rudolf Bahro no disimula que la invasión a Checoslovaquia por las potencias del pacto de Varsovia lo indigna profundamente y que soporta de mala gana la rutina policiaca y burocrática de los regímenes del Este europeo, pero cree escapar a la trampa de una crítica moralizadora que no puede y no quiere medir la realidad solamente con la medida de un ideal o un deber ser. El disidente de izquierda que es Rudolf Bahro está muy decidido a reconciliarse con el método de Marx tratando de entender las leyes del movimiento de las sociedades que se designan a sí mismas —al menos según sus dirigentes— como sociedades del "socialismo real".

Para Bahro, se trata de poner en evidencia las contradicciones de esas sociedades, de captar así las condi-

ciones de su transformación revolucionaria y no de protestar en nombre de una concepción abstracta del hombre. Su ambición es, de hecho, sentar las bases para una anatomía del "socialismo real", o más exactamente para lo que llama el protosocialismo o también el socialismo en estado larval.

Para eso toma primero distancia en relación a las concepciones que solamente quieren ver en el estalinismo una deformación, temporal o pasajera, de un modelo invariable e intemporal del socialismo. Afirma que no hay que detenerse en la desviación en relación a la doctrina o el dogma, sino más bien en la desviación del proceso histórico que produjo revoluciones y sociedades imprevistas pero completamente específicas. El origen de este relajamiento es según Bahro el hecho de que la cadena imperialista se rompió en la periferia, donde predominan contradicciones exteriores, es decir, contradicciones heredadas en gran medida del pasado precapitalista. La revolución rusa de octubre de 1917 no rebasó ni suprimió un sistema capitalista plenamente desarrollado; en lo esencial rebasó un sistema social todavía muy marcado por un modo de producción asiático.

En un país donde la cultura bur-

guesa de las fuerzas productivas era muy insuficiente, los bolcheviques echaron sin querer las bases de una vía no capitalista hacia la industrialización y construyeron sin darse cuenta un Estado del despotismo industrial. Los bolcheviques, es cierto, querían ser la vanguardia de la clase obrera, pero después de la guerra civil, en un país ensangrentado, las condiciones políticas de un diálogo del partido con la gran mayoría de los trabajadores ya no se propiciaban. El partido imponía los sacrificios exigidos por las dificultades económicas sin pedir su opinión a los principales interesados, los obreros, a quienes debía representar. Este paternalismo fundado y justificado según los bolcheviques en la inmadurez de la clase, sólo podía, por supuesto, conducir a un sistema dictatorial súper centralizado. El monopolismo de Estado, como lo nombra Bahro, rompió en efecto la resistencia de todas las otras capas de la sociedad (la pequeña burguesía y el campesinado), sin devolver un poder efectivo a la clase obrera.

El "socialismo real", en este sentido, no es verdaderamente un poscapitalismo. La burocracia de Estado sustituyó a la burguesía para desarrollar las fuerzas productivas en las zonas del mundo donde el capital se reveló incapaz de contrarrestar la acumulación de las contradicciones del presente y del pasado e incapaz por lo tanto de instaurar un equilibrio de clase más o menos durable. Eso no significa que los sistemas burocráticos del Este sean más eficientes en el plano económico que las grandes potencias imperialistas —Rudolf Bahro está incluso persuadido de lo contrario— pero implica que están preparados a aprovechar las fallas en sectores periféricos del capitalismo internacional y de responder al reto de Occidente en un cierto nú-

mero de planes esenciales (sobre todo en el plan de la carrera armamentista). El "socialismo real" restringe el campo de la acumulación capitalista, pero, en el fondo, no inicia verdaderamente la transición hacia el modo de producción nuevo, el comunismo, sino que no hace más que crear algunas precondiciones.

Según Bahro, es necesario combatir las teorizaciones que hacen del "socialismo real" una variable sencilla del capitalismo o por el contrario un modo de producción que lo superará. Los sistemas burocráticos cumplen funciones muy comparables a las de los sistemas capitalistas pero lo hacen como medios diferentes, recurriendo por ejemplo más ampliamente a medios políticos y administrativos. Son de alguna manera la encarnación de una vía no capitalista que lleva a la antecámara del socialismo, así como la vía capitalista lleva a la antecámara del socialismo. Capitalismo y "socialismo real" son dos sistemas sociales contradictorios, a pesar de ser al mismo tiempo las dos caras de un orden mundial que llama a una transformación radical porque se basa en la explotación y la opresión.

Esta posición de Bahro sobre el carácter a la vez no capitalista y no socialista de la URSS y de los países que siguieron su ejemplo, tiene la enorme ventaja de explicar al menos parcialmente, las semejanzas y diferencias en los países capitalistas. Pero deja en la sombra muchos problemas, en particular el de la naturaleza social de los regímenes no capitalistas y el de su inserción en las relaciones de clase dominantes a escala mundial. Cuando Rudolf Bahro muestra que las burocracias del "socialismo real" sustituyen a la burguesía con el fin de forzar la acumulación en una serie de países donde aquélla se reveló demasiado débil para liquidar la herencia más nega-

tiva del pasado precapitalista, no ha dicho todavía el porqué y el cómo de esta sustitución. Sobre todo no ha demostrado lo que da por obvio, a saber, la ineluctabilidad de la transformación del proceso revolucionario de orientación socialista en proceso de burocratización en un país como la URSS.

En efecto, no examina un aspecto fundamental del proceso histórico: la afirmación de la contrarrevolución estaliniana que marca una ruptura fundamental con la fase revolucionaria. La industrialización precipitada y la colectivización forzada no son a primera vista respuestas a la privación económica, al desempleo y a la escasez en las ciudades; son las manifestaciones y los instrumentos de un cambio en las relaciones sociales. La industrialización salvaje golpea duramente a una clase obrera en lento proceso de reconstitución después de los terribles años de la guerra civil; la colectivización no sólo alcanza al campesinado acomodado sino que atomiza al campesinado pequeño y mediano, protagonistas de Octubre y de la guerra civil. Asistimos entonces a una destrucción sistemática de las alianzas de clase y del bloque político que sustentaron la fase revolucionaria en el curso del fin de los años veinte y principios de los treinta. La fracción estaliniana del partido no sólo rompe las resistencias del desarrollo emanado de las estructuras socioeconómicas retrasadas, sino que destruye poco a poco todos los medios de expresión de una política socialista y proletaria atacando todo lo que representa de una manera u otra la continuidad revolucionaria. Las grandes purgas de fines de los años treinta, en su desmesura y en la locura de su mecánica desordenada tienen un aspecto irracional e incontrolable pero tienen objetivos perfectamente razonables desde el punto de vista

de las cumbres de la burocracia: aniquilar cualquier germen de vanguardia obrera e impedir cualquier aparición en el partido de corrientes de oposición susceptibles de cuestionar el monolitismo de la vida política.

Los grandes procesos de Moscú tienen por finalidad exorcizar y reducir a la impotencia a cualquier potencial revolucionario que sobreviva a pesar de las dificultades del régimen nacido de Octubre. Desde este punto de vista la contrarrevolución estaliniana es, como lo dice Trotsky, la primera etapa de la restauración burguesa, y eso en la medida en que sanciona la reducción a la impotencia del proletariado soviético en el plano político. Pero hay que ver que la posición de la capa burocrática en este contexto es ambigua. Por un lado se instala sola en el poder porque hace valer en contra de la clase obrera toda la presión de las relaciones pequeñoburguesas en la Unión Soviética misma. Al mismo tiempo debe afirmarse contra la burguesía apoyándose sobre el peso de la clase obrera a escala mundial y sobre todas las tendencias a la descomposición del sistema capitalista en sus zonas de mínima fuerza o mínima resistencia. La burocracia sustituye a la clase obrera porque aquélla no logra constituirse definitivamente en clase dominante; sustituye a la burguesía porque ésta no logra controlar todos los mecanismos de la reproducción social.

El régimen estaliniano que se consolida en la URSS hacia el final de los años treinta, tiene por lo tanto un carácter híbrido. Se basa, como observa Rudolf Bahro, en relaciones sociales no capitalistas, pero su cohesión está asegurada por lo que Lenin llamaba un "Estado burgués sin burguesía", es decir un Estado que conserva un cierto número de características esenciales del Estado burgués

y ejerce una verdadera dictadura sobre el proletariado.

La socialización de las relaciones de producción es sólo parcial; está detenida a mitad del camino precisamente por el monopolismo de Estado que impone un colectivismo abstracto, burocráticamente arbitrario, sobre los trabajadores política y socialmente atomizados. La expropiación de los capitalistas junto a la destrucción de las relaciones de producción basadas en la valorización del capital, dejan así subsistir rasgos fundamentales de la vieja división social del trabajo. Es una minoría privilegiada de la sociedad la que decide, con mayor o menor felicidad y éxito, sobre la distribución del trabajo social y sobre las modalidades de la producción y la utilización del plustrabajo. Es cierto que la finalidad de la producción ya no es la obtención de plusvalía (o la puesta en valor de capitales múltiples) y que la búsqueda de objetivos en cantidades físicas o valor de uso adquiere gran importancia en la planificación burocrática, pero eso no tiene mucho que ver con un control social del proceso de producción. En ningún caso las relaciones de producción del "socialismo real" pueden ser caracterizadas como socialistas (orientadas hacia el comunismo); tampoco como mitad capitalistas y mitad socialistas, es decir, como el lugar de los enfrentamientos entre principios sociales directamente opuestos.

Representan de hecho una combinación completamente específica de las relaciones sociales que no son verdaderamente socializadas, y su hibridez remite menos a una mezcla altamente inestable de relaciones que tal vez fueran radicalmente incompatibles y heterogéneas que a relaciones relativamente coaguladas pero incapaces de fundirse y cristalizarse en un modo de producción nuevo. Se trata entonces de relaciones subordi-

nadas a las relaciones de clase dominantes a escala mundial. La economía soviética, como la de otros países del COMECON, es parte integrante de la economía mundial y su propia dinámica es ampliamente dependiente de los impulsos positivos o negativos que recibe del mercado mundial. Podríamos sin duda imaginar que el monopolio del comercio exterior como un crecimiento planificado y armonizado de los diferentes sectores de la economía sería susceptible de minimizar la influencia de los intercambios con el mundo capitalista y sus incidencias sobre la vida social. En realidad no es el caso, en la medida en que la integración de los hombres a la producción se hace con base en diferenciaciones jerárquicas, en la competencia entre los grupos y los individuos y en la desigualdad de las remuneraciones (supuestamente en función del trabajo hecho). En el "socialismo real" no existe el apremio de la ganancia sobre la economía en su conjunto, pero las incitaciones para producir son, para los miembros de la sociedad tomados aisladamente, análogas a lo que son en el régimen capitalista: asegurarse un mínimo vital o maximizar satisfacciones individuales. Las preferencias sociales, filtradas y recortadas por la burocracia, sólo se pueden imponer a través del prisma deformante de los intereses particularizados y a través del juego de los enfrentamientos sociales alrededor de los escasos bienes. Eso significa obviamente que los regímenes burocráticos del Este no se pueden sustraer a las orientaciones productivistas (tendencia a la acumulación ilimitada de los medios de producción) de las grandes metrópolis imperialistas y a los efectos de los combates competitivos en el mercado mundial.

Las burocracias del "socialismo real", particularmente las de los paí-

ses más desarrollados de Europa oriental, se ven obligadas a demostrar que son capaces de mantenerse frente a las burguesías no solamente en el plano militar, sino también en el del crecimiento de los ingresos y del consumo. El culto a la producción y el fetichismo del trabajo que se observa ahí ya no tiene hoy día las mismas connotaciones que en la época estaliniana. La lucha por la elevación de la productividad del trabajo está ilustrada en la propaganda de manera predominante como una lucha por aumentar y diversificar el consumo, es decir, por alcanzar los hábitos de consumo occidentales. Sin duda existe también un desarrollo de los consumos colectivos, pero, como lo observa muy bien Rudolf Bahro, los países de Europa del Este están a remolque de los países capitalistas, en el ámbito de la vida cotidiana, y arrastrados por el peso de sus propias tendencias de desigualdad, tienden a imitar los modelos de los países occidentales.

Gran parte de las demostraciones de Bahro pretenden mostrar que el "socialismo real" no cesa de reproducir las divisiones sociales, oposiciones de grupo análogas a las de la sociedad capitalista, puesto que está fundado sobre una división vertical del trabajo social. De esa manera admite —al menos implícitamente— que no hay superación verdadera de la división de la sociedad en clases. Así, de manera contradictoria con sus propios análisis, llega a negar que existen las clases, en el pleno sentido del término, en las sociedades burocráticas, y eso aparentemente porque estudia la estructuración y estratificación de la sociedad en función de un modelo muy simple: la oposición o la dicotomía entre los que tienen el poder y los que no lo tienen. De esta manera, no trata de estrechar las relaciones entre política y economía,

especialmente entre burocracia y funcionamiento del sistema económico, y contrariamente a sus primeras intenciones no intenta descubrir las leyes del movimiento del "socialismo real".

Es particularmente sobresaliente el hecho de que no se detiene lo suficiente en el problema de la planificación, en el de las modalidades de existencia y de funcionamiento de la ley del valor y en las categorías económicas como el salariado. En consecuencia, no nos sorprende que llegue a considerar a la clase obrera como un no concepto y que, a su criterio, las oposiciones sociales y políticas se reduzcan a enfrentamientos entre la burocracia y la no burocracia.

Dicho de otra manera, ya no se pregunta sobre la planificación burocrática en tanto conjunto de instrumentos que sirven para quitar a los trabajadores las fuerzas sociales de la producción, desposeerlos, en provecho de la burocracia, de sus capacidades colectivas de organización. La planificación, de hecho, no es en el "socialismo real" una pura tecnología de dirección de la producción, un sistema socialmente neutro de asignación de trabajo y de recursos materiales; es, al contrario, una manifestación esencial de las relaciones de producción y de su reproducción. Gracias a la planificación la burocracia atomiza económicamente a la clase obrera y sustrae el plustrabajo a todo control social para decidir sólo su utilización, es decir, la mejor utilización posible desde su punto de vista.

La planificación en este sentido no tiene como objetivo principal encargarse de necesidades socialmente evaluadas y democráticamente jerarquizadas después de debates colectivos (por ejemplo, la elevación del nivel de vida, la reducción de la duración de trabajo), sino alcanzar el desarrollo económico que permita a la burocracia ocupar su lugar en la escala inter-

nacional, aumentar su propio consumo y hacer a las masas las concesiones que aparezcan como necesarias. Los planificadores no se preocupan por dominar en su totalidad el juego de los mecanismos económicos o por acabar con los desperdicios y gastos falsos; buscan en realidad extraer a las unidades de base de la producción lo máximo de información e imponerles objetivos de producción que pueden ser opuestos a sus intereses. El recurso a la planificación centralizada (predominio del método de los balances materiales, determinación de los objetivos en volumen) o a la planificación descentralizada (mayor autonomía a las empresas, mayor importancia al cálculo económico en valor), debe ser tomado en este encuadre como un problema de estrategia política. La burocracia puede estar tentada a prestar más atención a los medios de producción indirectos (las palancas económicas como los precios, los indicadores específicos como las ganancias de las empresas) cuando se evidencia que la desconcentración de la producción facilita la sumisión de los trabajadores a los objetivos e imperativos de la burocracia. Regresa a la centralización, al contrario, cuando le parece que la planificación descentralizada está creando procesos económicos y sociales que escapan a su control y presentan peligros políticos serios. La dialéctica centralización-descentralización no tiene nada o tiene poco que ver con una dialéctica marcha hacia el socialismo-regreso hacia el capitalismo; no hace más que traducir las contradicciones en las cuales se encuentra encerrada la burocracia: o centralizar al máximo gracias a la multiplicación de controles excesivos con el riesgo de suscitar una resistencia pasiva generalizada, o descentralizar recurriendo a meca-

nismos de marcha con el riesgo de suscitar tendencias centrífugas de órdenes muy diversos. En la mayoría de los casos, los sistemas de planificación son mezclas variables, siempre en búsqueda de una buena dosificación de centralismo y de planificación indirecta.

Pero cualesquiera que sean las diferencias entre ellos, persisten como sistemas de la desconfianza generalizada, de la suspicacia permanente de la cumbre en relación a su base.

Eso es particularmente obvio cuando examinamos en qué se convierte el salariado bajo el "socialismo real". Ya no está, por cierto, caracterizado por un intercambio entre fuerza de trabajo y capital, pero los trabajadores sólo pueden recibir su cuota parte de los fondos de consumo de la sociedad gastando su fuerza de trabajo de manera aislada y concediendo su uso a la burocracia. No hay verdadera socialización del trabajo y de su reparto entre las diferentes ramas de la economía. Por cierto, no es más el mercado de los capitales —que ya no existe— el que decide la asignación del trabajo social *ex post* y no hay verdadera determinación *ex ante* de lo que debe ser la utilización de la capacidad de trabajo de la sociedad porque no hay verdadera confrontación democrática generalizada sobre los objetivos y los medios de las actividades de producción. La única confrontación que tal vez tenga lugar es la del arbitraje burocrático, de sus planes voluntaristas para dominar los problemas que debe afrontar y la de la resistencia múltiple y extremadamente diversificada de todos los que están comprometidos en la producción material y su distribución. Hay, por un lado, planes a corto y largo plazo para reproducir y utilizar la mano de obra según criterios de orden jerárquico y por otro movi-

mientos centrifugos incesantes para crear un cortocircuito en los planes y directivas que vienen de arriba.

La burocracia trata de encuadrar los movimientos de la mano de obra y de los ingresos salariales en una red apretada de instituciones y sistemas de intervención: planificación del sistema de formación y de educación, regulación centralizada de la evolución de las calificaciones, fijación desde arriba de los convenios colectivos aplicables a las diferentes categorías de trabajadores. Tropieza sin embargo con obstáculos, desplazamientos imprevistos de la fuerza de trabajo de una rama a la otra, de una profesión a otra y escaseces sectoriales temporarias o durables, por lo que tiene que hacer continuas concesiones en relación a las decisiones tomadas y recurrir a procedimientos periódicos de ajuste. De esto resulta que, de manera tendenciosa, los salarios determinan la marcha de los bienes de consumo y del fondo de consumo planificado, lo que provoca inevitablemente tensiones en el mercado de bienes de consumo y desórdenes monetarios (excedente de circulante), etcétera. Esta indisciplina latente o abierta que casi no se puede combatir actualmente por medio de los métodos estalinianos clásicos en los países del Este más desarrollados (libreta de trabajo, campo de concentración, etcétera) debe ser contrarrestada con métodos tomados del capitalismo. Hace más de veinte años que los países del COMECON se esfuerzan por introducir en sus empresas y en su administración la organización científica del trabajo (OCT) heredada del taylorismo. El despotismo industrial del cual habla Bahro actúa cada vez menos por puro mandamiento y más por la combinación de la prescripción venida desde arriba con los apremios dictados por la organización del tra-

bajo y las formas de la remuneración. Es cierto que los gobernantes del "socialismo real" utilizan a menudo el sistema de la emulación "socialista" (sobre todo los retos y concursos entre las brigadas de trabajo), pero eso no oculta el hecho de que la máquina productiva funciona con base en el interés material (interiorización de las normas de producción) y en la competencia interindividual. Las empresas, la economía en su conjunto, son el teatro de una lucha permanente para la nacionalización "socialista", al mismo tiempo que una cacería desenfrenada al trabajo necesario (para mejorar el plustrabajo), lo que prohíbe hacer de ellas lugares donde regirían fricciones sociales secundarias. Detrás de las declaraciones de la propaganda sobre el poder de los obreros, se perfila la expropiación política de los trabajadores y más tarde su separación de los medios de producción; es una subsunción no solamente formal sino también real al mandamiento de la burocracia.

Es bastante sorprendente, por lo tanto, que Rudolf Bahro pueda hablar del "no concepto de clase obrera" y que se incline a considerar solamente dos capas bien delimitadas en la sociedad: la burocracia y la no burocracia, la primera constituida por todos los que participan del poder político, la segunda por todos los que están excluidos de ella. Sería por cierto injusto reprocharle ignorancia respecto de las condiciones difíciles de los trabajadores de la gran industria, pero es innegable que no saca todas las consecuencias de la situación de la gran mayoría de los asalariados del Estado —separación de los medios de producción y de distribución, desposesión de las fuerzas sociales de producción, concesión a la burocracia de la disposición del plustrabajo, sumisión al despotismo industrial o admi-

nistrativo. Hay efectivamente bajo el "socialismo real" una clase obrera que se encuentra muy allá de la producción material en el sentido estricto del término, sometida a procesos de extorsión del plustrabajo y en una posición de antagonismo fundamental respecto de la burocracia.

Eso no es cierto, por lo contrario, para una parte importante de la intelligentsia que no solamente goza de cierto número de privilegios de formación sino que ejerce también funciones de mando o de elaboración en la producción social al servicio de la burocracia. Se opone a menudo a la "irracionalidad" de la gestión burocrática, es decir, a las decisiones y a las estructuras decisionales que entorpecen una gestión aparentemente neutral de la tecnología y del progreso técnico, pero no busca un cambio completo del despotismo industrial.

Como se vio en Checoslovaquia y en Polonia, la intelligentsia es portadora de aspiraciones reformistas y puede actuar en este sentido sobre un ala de la burocracia, pero, por propia decisión, no cuestiona la división del trabajo en la sociedad y en la empresa. Por eso, si ella (sobre todo la técnica) desempeña a menudo un papel relevante en las primeras conmociones de los sistemas burocráticos, es indispensable que la clase obrera tome la delantera para que la crisis pueda cuestionar verdaderamente los equilibrios políticos y sociales (recuérdese el papel de los consejos obreros en Polonia, en Hungría, en Checoslovaquia, de 1956 a 1976).

Dicho esto, vemos lo que puede llevar a Rudolf Bahro a posiciones tan discutibles: la clase obrera sufre en los países del "socialismo real" más desarrollados, y particularmente en la RDA, transformaciones considerables. Se puede notar primero que la estructura de la calificación (del tra-

bajo) empieza a presentar diferencias notables con la que prevalece en los países occidentales (sobre todo los de Europa Occidental). La baja calificación (peones y obreros especializados) es claramente menos representativa, mientras que, por el contrario, la calificación más elevada (obreros profesionales y agentes técnicos) es claramente más representativa. Naturalmente no hay que concluir a partir de esto que el nivel técnico de los países del Este más desarrollados es superior al de los competidores occidentales más directos. No obstante, hay que tomar en cuenta un cierto número de fenómenos nuevos: prolongación apreciable de la escolarización y de los tiempos de formación, agotamiento de las reservas de mano de obra —más de 86% de las mujeres en edad de hacerlo trabajan—, tendencia a la revalorización del trabajo manual en función de su escasez relativa, que contribuyen a aumentar el peso sobre la clase obrera (de la producción a los servicios). La burocracia es tan consciente de eso que incesantemente trata de perfeccionar su sistema de control social (recompensas materiales, encuadramiento político e ideológico) sin poder detener el desarrollo del potencial subversivo de la clase que pretende representar, dado que el desarrollo económico que le permite desempeñar este papel de representación y de sustitución a los trabajadores es también el desarrollo de la clase obrera. La burocracia seguramente puede desarrollar las capas parasitarias con función represiva (policía, ejército); al mismo tiempo destruye las antiguas capas pequeño-burguesas (comerciantes, campesinos) o las transforma de tal manera (salarización creciente) que las estructuras sociales se encuentran profundamente modificadas. La sociedad, a pesar de ser muy compleja en

sus articulaciones de tipo profesional, tiende a simplificarse desde el punto de vista de sus divisiones de clase y a aumentar frente a la burocracia el peso de los asalariados de Estado que se ven obligados a consentir al trabajo muerto —los medios de producción administrados burocráticamente— el empleo del trabajo vivo. Lo muerto sigue captando lo vivo, buscando cómo darse la apariencia de salud más exuberante, particularmente jugando sobre el activismo y la agitación burocráticos. Para que los trabajadores olviden que están confrontados a un sustituto de la burguesía, profundamente ligado al equilibrio internacional de las clases (cualquier debilitamiento del capitalismo en la escala mundial replantea en efecto el *status quo* en el Este), la burocracia se mueve febrilmente en la escena política y en el frente de la planificación para dar la exhibición del comunismo que se perfila en el horizonte. Hay siempre un trozo de camino que recorrer para salir de la zona de las turbulencias, de las dificultades y del esfuerzo, y eso sólo se podrá superar depositando la confianza en los dirigentes ilustrados que ven más alto y más lejos que los demás.

Esta ideología del comunismo, machacada por la burocracia para hacer olvidar la pesadez de su existencia, es hoy día tomada al pie de la letra. Pocos son los que, en los países del "socialismo real", están persuadidos de que van al comunismo en el sentido en el cual lo entendían Marx y Lenin. Por lo tanto, no se puede negar una cierta eficacia a esta comedia burocrática del futuro comunista. El discurso de la eficacia que difunde la burocracia está todavía ampliamente aceptado en la medida que se da crédito a un mínimo de capacidad organizadora frente a la anarquía capi-

talista y se le atribuyen también cualidades de resistencia y tenacidad superiores a lo que son en realidad. Los regímenes burocráticos de los años setenta, según muchos, aparecen relativamente eficientes tanto en el plano militar como en el económico. Estratégicamente, la Unión Soviética con sus aliados resiste a las grandes potencias occidentales en las principales zonas caldeadas del mundo y parece incluso beneficiarse de ciertas ventajas tácticas en relación con la debilidad de algunos regímenes ligados al imperialismo. Económicamente, desde la recesión internacional de 1974-1975, el ahogo del "socialismo real" es mucho menos marcado de lo que se preveía. Capas no desdeñables pueden todavía esperar un mejoramiento de su suerte en el marco mismo del "socialismo realmente existente", aun cuando los progresos se vean pagados a menudo por gastos falsos y despilfarros exorbitantes. En otros términos, la competencia Este-Oeste, a pesar de la carrera armamentista y las guerras localizadas, está percibida como uno de los motores del progreso, como un aguijón que saca a los regímenes del Este de su rutina y los empuja hacia otras orillas. Por supuesto, las capas del aparato y de la intelligentsia que adoptan esta actitud tiene una particular miopía, al punto de no ver las contradicciones y dificultades que se acumulan detrás de la fachada de relativa prosperidad económica: retraso alarmante de la agricultura (menos en la RDA y Bulgaria), endeudamiento considerable con las grandes metrópolis imperialistas, aumento demasiado lento de la productividad del trabajo, retraso tecnológico en sectores muy importantes (informática, electrónica), falta de adhesión de la gran masa de los trabajadores a los objetivos de producción, etcétera.

Para retomar palabras de Bahro, estas capas tienen una conciencia absorbida, aspirada por el funcionamiento del sistema y sus mecanismos de reproducción y son ellas las que garantizan al "socialismo real" un mínimo de consenso y de estabilidad ideológica. ¿Se puede, por lo tanto, concluir que todas las formas de conciencia social que no se dejan hipnotizar o magnetizar por el juego burocrático surgen, como parece pensarle Bahro, de una conciencia excéntrica, inabsorbible por las estructuras burocráticas (poniendo aparte obviamente la nostalgia del pasado capitalista o precapitalista)? Claro que no, dado que sería necesario una vez más suponer una simple dicotomía en el nivel ideológico y oposiciones siempre tajantes al sistema de valores dominante que no corresponderían de ninguna manera a la complejidad de las relaciones sociales. La conciencia oposicional en los países del "socialismo real" no es a fuerza del replanteamiento global del régimen burocrático; puede muy bien adoptar las formas del reformismo tecnocrático o democrático, limitarse a la perspectiva de una "humanización" del "socialismo real" o rechazar cualquier idea de un nuevo salto cualitativo en la organización social. Rudolf Bahro parece admitirlo cuando acepta que la conciencia del mayor número queda marcada por lo que llama los intereses de compensación, es decir, por la búsqueda de una maximización del consumo. Muy a menudo, son menos las relaciones de trabajo que están apuntadas que una situación social global mal comprendida y que mantiene un estado de malestar permanente por concesiones de alcance limitado. Para salir de esta circularidad (malestar, satisfacción de intereses exclusivamente orientados hacia un cierto tipo de

consumo), Rudolf Bahro piensa que los intereses de emancipación, es decir, los intereses de las fuerzas subjetivas no empleadas, deben poco a poco triunfar sobre los intereses de compensación. Afirma su convicción de que en sociedades donde la miseria material desapareció casi por completo, el número de individuos deseados de ver disminuir la parte psicológicamente improductiva de su tiempo de trabajo irá creciendo cada vez más. En este nuevo contexto, la crítica cambiará, según él, hacia el problema de la repartición desigual del trabajo social, más exactamente hacia el problema planteado por la monopolización de ciertas tareas y funciones por una minoría de la sociedad. El objetivo será el desarrollo de una individualidad rica de todo un conjunto de conexiones sociales conscientemente asumidas así como de nuevos interrogantes sobre sus propias determinaciones, a través de la transformación de las relaciones de trabajo. Rudolf Bahro no teme hablar a este propósito de una mirada hacia el interior y esbozar una dialéctica muy interesante de la individualidad y de la socialidad, y de sus condicionamientos recíprocos. Propone al respecto romper definitivamente con un cierto concepto del socialismo que no va más allá de una oposición abstracta, una antinomia tomada como absoluta entre colectivo e individual, entre sociedad y singularidad de la persona.

Por importantes e innovadoras que sean estas perspectivas, queda, sin embargo, la pregunta de cómo se pueden concretar; cómo pueden tomar raíces en el terreno social del "socialismo real". A este nivel, Bahro hace sentir todas las consecuencias negativas derivadas de la ausencia de un análisis serio de la lucha de clases en los países del Este. Traza bien las grandes líneas de lo que debería

ser la revolución cultural venidera; trata incluso de mostrar las presuposiciones económicas de aquélla, pero su programa de transformación social no se encarna en una política y en una estrategia. Las páginas que consagra a la creación necesaria de una nueva Liga de los Comunistas (*Bund der Kommunisten*) son muy flojas y alusivas en cuanto a las tareas que deberían ser atribuidas a esta nueva organización. Igualmente, en vano se buscan precisiones sobre lo que podrían ser los medios de acción de los nuevos comunistas y de los trabajadores (no hay un análisis de los precedentes polacos de los años setenta). Todo pasa como si el autodesarrollo de la conciencia excedentaria debiera enfrentar todos los problemas, asegurar la superación de los intereses de emancipación sin que sea necesario interrogarse sobre sus condiciones de aparición y de afirmación en las confrontaciones cotidianas de los trabajadores con la democracia.

En suma, la lucha política de las clases y el cuestionamiento concreto del sistema estatal del "socialismo real" son los grandes ausentes en el libro de Rudolf Bahro. Eso explica en particular que la revolución anti-burocrática sólo esté tomada como una revolución cultural y que esté ampliamente desligada de sus implicaciones internacionales (la relación de competencia-complicidad de la burocracia con la burguesía a escala mundial). Desde este punto de vista, es claro que Bahro, a pesar de la excelencia de ciertos análisis y descripciones, no logra alcanzar la meta que se fijó: demostrar las contradicciones del "socialismo real" y desarrollarlas en toda su amplitud.

Eso, sin embargo, no condena la obra de Bahro; es una obra pionera y sus errores son más fructíferos que todas las afirmaciones dogmáticas pe-

rentorias que se oyen desde hace una decena de años, particularmente las frágiles tesis inspiradas por los comunistas chinos sobre la restauración del capitalismo en la URSS y en las democracias populares. Después de Bahro ya no se podrá escribir sobre el "socialismo real" como antes; sobre todo ya no se podrá seguir ignorando el problema de las contradicciones reales de las relaciones sociales en los países del Este y contentando con una actitud de fascinación mórbida frente al desastre del *goulag*.* Rudolf Bahro nos muestra, al contrario, que piensa el "socialismo real" como un mundo históricamente circunscrito llamado a transformarse en relación con las fuerzas y aspiraciones que suscita.

Bernard Chavance: *¿Existe realmente una alternativa?****

La importancia de Bahro consiste ante todo en el hecho de que su libro es un extraordinario revelador de contradicciones.

Primero, las del "socialismo realmente existente", cuyo análisis es uno de los más amplios y sistemáticos que hayan sido producidos hasta ahora "desde el interior".

Contradicciones, igualmente, de la crítica de Bahro mismo y de las perspectivas que traza. Eso rebasa al hombre y al país en la medida en que su trabajo es, en cierta forma, la síntesis de reflexiones nacidas de movimientos de oposición en los países del Este y también de ideas surgidas en los países occidentales.

Contradicciones, en fin, de las diversas corrientes políticas o teóricas,

* Referencia a los escritos de Solyenitzin. [E.]

** Texto publicado en *Les Temps Modernes*, noviembre de 1980.